

JERARQUIA ITALIANA Y POLITICA PARTIDISTA

Las últimas elecciones generales italianas han sido foco de preocupación. Un Partido Comunista parecía poder llegar a conseguir la mayoría de votos tras una larga exhibición de proceder democrático y de eficiencia administrativa en un país de Europa occidental. Y esta posibilidad tenía múltiples implicaciones político-económicas (Mercado Común), militares (NATO) y religiosas. La posibilidad no se cumplió de momento, pero sí, se hizo, por decirlo así, más posible. Los demócrata-cristianos consiguieron el 38.7 o/o de los votos mientras que los comunistas un 34.4 o/o.

De todas estas implicaciones queremos subrayar la religioso-política por lo que puede repercutir en nuestra situación.

En efecto, la Conferencia Episcopal Italiana, no sin resistencia de algunos de sus miembros más perspicaces, intervino en la política partidista, al hacer fuerte presión sobre los católicos italianos para que no aceptasen candidaturas dentro del Partido Comunista y para que ni siquiera votasen por dicho Partido. El mismo Pablo VI en intervenciones muy próximas a las elecciones presionó para que los votos no fueran a caer del lado comunista. Los resultados muestran que más de diez millones de adultos prefirieron seguir su juicio personal sobre un problema de elección partidista que no el de la jerarquía católica.

El hecho se presta a múltiples consideraciones de las que vamos a espigar las más significativas.

Ante todo, la Jerarquía italiana no sólo ha in-

tervenido en política sino que ha intervenido de un modo partidista, esto es, favoreciendo a un Partido y desfavoreciendo a otro. No podrá ya decirse desde Italia que la Iglesia nunca puede hacer política partidista. No es que las decisiones puedan trasladarse sin más de una circunstancia a otra. Pero el hecho está ahí. Cuando les ha parecido que estaba en juego un interés eclesiástico, no han dudado en intervenir partidariamente en política.

En segundo lugar, uno puede preguntarse cómo es posible que en un país tan secularmente católico, que abriga la mayor cantidad de obispos y monseñores por kilómetro cuadrado en el mundo, que incluye dentro de sus límites territoriales al Estado Vaticano con un Papa italiano, avance tan firmemente un partido comunista tildado de materialista y ateo. ¿Por qué será? ¿Será porque este país secularmente católico y clericalizado es también un país donde la injusticia y la deshonestidad administrativa campean por sus respetos? ¿Será que muchas instancias religiosas han perdido su credibilidad por su modo de proceder? ¿Será que los votantes comunistas saben distinguir entre una opción económico-política y una concepción de la vida? ¿Será que la propia dinámica del mensaje cristiano lleva a un compromiso social para el que muchos no ven cauce en partidos adscritos a una interpretación capitalista o, al menos, demasiado condescendiente con intereses capitalistas?

En tercer lugar, la experiencia italiana muestra formas ineptas de resistir al 'peligro' comunista. Si se aprecia una y otra vez que el comunismo tiene un gran atractivo para las grandes masas, especialmente las latinas, a pesar de la resistencia ideológica que se le hace —era triste ver coincidir al Secretario de Estado norteamericano, Kissinger, con algunos jefes italianos en la denuncia del peligro comunista para Italia—, hay que ver por qué lo tiene. Si se aprecia que el comunismo tiene doctrinalmente puntos graves de divergencia con la fe cristiana, hay que ver cómo pueden segregarse otros que básicamente coinciden con las mejores exigencias cristianas. Los anatemas y las prevenciones no parecen ser el camino adecuado. Ni las palabras que no van acompañadas de hechos.

En cuarto lugar, se siente la necesidad de plantear adecuadamente el problema 'marxismo y cristianismo'. Problema que no está debidamente resuelto ni en teoría ni en la práctica, y que no se va a resolver si no se deslindan debidamente muchos aspectos hoy confundidos. La Paulusgesellschaft acaba de escribir que Europa no se construirá ni contra los comunistas ni contra los cristianos, ni sin los comunistas ni sin los cristianos. ¿Y América Latina?

E.I.